

Mariano Quiros

RÍO NEGRO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MARIANO QUIRÓS
RÍO NEGRO

TUSQUETS
EDITORES

PRIMERA PARTE

Si bien mi padre nunca fue un hombre dado a ofrecer consejos, lo cierto es que tampoco yo me tomé el trabajo de pedírseles. Quizá por ese motivo nuestra relación transcurrió de manera apacible, sin expectativas ni desengaños; me refiero a que cada uno sabía qué podía esperar del otro. Sin embargo, el nacimiento de Miguel, mi propio hijo, hizo que las cosas cambiaran.

No quiero decir que empezara de un día para el otro a forjar una nueva relación con mi padre, digo tan solo que volví la mirada sobre cuestiones que años atrás había pasado por alto. Hablo, entre otras cosas, de su retraimiento, su parquedad.

Papá no congeniaba con el resto del mundo; había crecido en el campo chaqueño y de allí arrastraba la idea de que la vida era, principalmente, responsabilidad y sacrificio. Ni siquiera la ciudad consiguió alejarlo de aquella convicción anacrónica. Cuando se casó con mi madre, vino a Resistencia para trabajar en la empresa de mi abuelo, su suegro;

era una empresa de seguros, y mi padre sentía que no trabajaba, que aquello era una estafa. Una vida muy dura la de mi padre. Los últimos años del siglo XX se lo llevaron por delante. Lo único cierto es que ya nada será suficiente para hacer que nuestra relación cambie —aunque lo pienso y no creo que nuestra relación debiera cambiar, siempre nos hemos llevado bien, solo que no se me ocurre expresión mejor que hablar de un «cambio en la relación»—, pero prestarle más atención me sirvió para ver de otra manera al pobre Miguel.

Hace unos días mi hijo cumplió dieciocho años y durante la celebración le anunció al mundo que no necesitaba ni trabajar ni estudiar, que se dedicaría de lleno a la literatura, como había hecho su padre. Había mucha gente en casa y nadie consideró oportuno entrometerse. Supongo que fue lo mejor. La celebración continuó como si tal cosa, pero tras el anuncio de Miguel vi a Ema, mi mujer, perseguirlo con desesperación para que se tomaran juntos una fotografía, tal como hacen las mujeres viejas. Entonces no pude evitar sentir rechazo.

Pero Ema no es como las viejas. Mi mujer es elegante y bella, y aun con el paso de los años ha sabido hacer de su figura un motivo de envidia entre las mujeres y de deseo entre los hombres.

Nos conocimos en los años setenta, cuando ambos militábamos en Montoneros. Alguien deci-

dió que éramos los indicados para prender fuego al coche de un comisario, y el absurdo que terminamos armando solo sirvió para comprobar que estábamos hechos el uno para el otro. Nos habíamos citado en la plaza Belgrano, ella estaría cerca de la fuente con una flor en la mano y yo debía utilizar la contraseña de la resistencia chilena: «Llueve sobre Santiago», a lo que Ema respondería: «Y sobre la Isla de Pascua». Resistencia era por entonces una ciudad pequeña, la gente se conocía, y nuestro comportamiento rozaba el ridículo. No hubo necesidad de contraseña y descubrí la flor mucho después, cuando bajábamos del coche de mi padre, a una cuadra del lugar donde daríamos rienda suelta a nuestra subversión. Ema arrojó la flor a un costado y avanzó a cumplir su faena con una convicción conmovedora. Dejé que se adelantara y la miré arrobado; después recogí la flor —un clavel rojo— y la devolví al coche. Ella se dio vuelta para apurarme y me devolvió al mundo y a lo que estábamos por hacer. El miedo que me invadió fue instantáneo. Faltaba poco para el golpe, unos meses, pero la atmósfera ya oprimía; lo ideal, decían, era ser discreto. Yo estaba seguro de haberme comportado siempre con discreción, pero nunca me había detenido a pensar en lo que suponía ser discreto. Ahora ya era demasiado tarde. El comisario era un tal Hilario Medina y su coche, un Dodge Polara azul, un coche hermoso. En teoría, me correspondía

romper los vidrios del Polara para que Ema dejara caer dentro una botella cargada con nafta y coronada con una mecha embebida. Ni a ella ni a mí nos habían informado mucho acerca de Medina; sabíamos apenas que lo acusaban de torturador, pero no mucho más. En aquella época tampoco podíamos imaginar que un coche tuviera vidrios blindados, ese detalle lo reservábamos solo a las películas de espías, James Bond, Napoleón Solo, algún otro. El asunto es que aquel Polara sí tenía los vidrios blindados, y el único dato certero que nos habían aportado era la ubicación del coche: casi en la esquina de Julio A. Roca y Vedia. Entre otras cosas, yo había aprendido que con la punta de una barreta un vidrio se rompe fácilmente, que solo es cuestión de tocarlo con determinación. De pie junto al Polara, yo tocaba y tocaba pero los vidrios seguían igual, incólumes. En la esquina y con la cara deformada por la ansiedad, Ema sostenía imprudentemente la botella con nafta, cubriéndola como si fuera un bebé. Supongo que fue la impotencia —pero es posible que haya sido también el desamparo que ella transmitía desde la esquina— lo que me puso en marcha: trepé al capó del coche y empecé a golpear el parabrisas como un desesperado. Con cada golpe, el parabrisas se arqueaba y volvía sobre sí mismo con brusquedad. Parecía un campo de fuerza. La barreta me vibraba en las manos y el temblequeo se expandía

por mi cuerpo como la resonancia de un gong. Todavía sobre el capó, miré hacia la esquina: Ema ya no estaba. La gente a mi alrededor también se dispersaba y algunos hasta dejaban escapar grititos histéricos. Pero la única histeria era la mía. Bajé del capó y tiré la barreta a un costado, entre los yuyos de un cantero. Me propuse no correr y caminé un par de cuadras como un muerto vivo. Hacía calor en Resistencia, y mientras caminaba decidí que mi etapa de subversivo había terminado. Compré un diario y me refugié a leerlo en un café del centro. Era el martes 25 de noviembre de 1975 y yo tenía veinticuatro años. En aquel tiempo mi vida era un desastre, pero nadie lo sabía, ni siquiera yo. Supongo que sabía disimularlo, dedicándome a la lectura y a las reuniones clandestinas con los compañeros de facultad. Sentado en aquel café, me sentí un hombre viejo y me doblé en un sollozo sobre el papel de diario. Dejé pasar un par de horas antes de buscar el coche de papá, evitando concienzudamente la esquina de Vedia y Julio A. Roca. En el coche me recibió el clavel de Ema. No me costó trabajo ubicar su casa y a la noche siguiente fui a devolvérselo. Fue mi manera de mostrarle que estaba enamorado.

Nos casamos en abril de 1979 y hemos llevado desde entonces una buena vida, una vida sin sobresaltos. Aunque el de escritor es un oficio insalubre, tuve más suerte que muchos de mis colegas; tengo

lectores cuya fidelidad me provoca ternura y remordimiento, y cuando no escribo puedo vivir como me gusta. Quiero decir que las cuotas de frustración y pena las pago en tiempo y forma. No hay muchas personas en Resistencia que puedan decir lo mismo. Ema, por ejemplo, se tomaría su tiempo antes de asumirlo; vivir sin culpa no es propio de nuestra generación. Mi único vicio —aunque la palabra suena un tanto excesiva— es la marihuana, no más de dos porros por día que sirven para aplacar cualquier posible ansiedad. Antes Ema me acompañaba, pero su actividad —es doctora en sociología, muchos congresos y clases, mucha vida académica— le demanda estar siempre atenta, siempre en movimiento. El nacimiento de Miguel coronó una relación que cualquier incauto calificaría de perfecta. Yo mismo incurriría en ese desliz si no fuera porque observo a mi hijo con atención, y su conducta a lo largo de los años, más que reprochable, me ha resultado simplemente imbécil.